

Cómo Interpretar la Sagrada Escritura

Es bien sabido cómo el Concilio Vaticano II quiso que los fieles leyeran asiduamente la Sagrada Escritura. Más aún: insistió en que los Libros sagrados fueran tratados con extraordinaria veneración, por contener en sus páginas la revelación divina. Y así en muchos de nuestros templos se ve el libro de la Biblia expuesto en lugar preferente, casi en parangón con el sagrario donde se reserva el Santísimo Sacramento.

Gracias a Dios, si hubo descuido en esta materia en tiempos anteriores, hoy se va subsanando rápidamente y el pueblo fiel puede experimentar cada vez más el consuelo y la satisfacción que produce el conocer el mensaje divino contenido en los libros santos. Los que asisten con asiduidad al sacrificio de la misa (celebrado en lengua vernácula) oyen leer al cabo del año una buena parte de la Biblia, gracias a la práctica llamada "lectura continua". Los cursos sobre Sagrada Escritura para seglares son cada día más frecuentes, lo mismo que las ediciones de ella que se ofrecen a bajo precio y que van penetrando en todos los ambientes, incluso en aquellos de menor cultura.

Ahora bien: la divulgación del texto escueto de la Sagrada Escritura debe ir pareja a la divulgación de la doctrina de la Iglesia sobre su interpretación, si no queremos ver al pueblo fiel presa de los mismos errores en que han caído los evangélicos en este punto, y que ellos lamentan tardíamente ahora. Más aún: como en la actualidad existe un extraño pugilato entre algunos estudiosos de estas materias, empeñados al parecer en superarse unos a otros en interpretar de un modo arbitrario, y en ocasiones abiertamente racionalista, extensos pasajes del Antiguo y Nuevo Testamento, y prescinden —con grave escándalo y confusión de los fieles— de cuanto en esta materia determinó el Concilio Vaticano II, es absolutamente necesario dar a conocer sus enseñanzas en esta materia.¹

La exposición de la doctrina del Vaticano II en materia de Sagrada Escritura (contenida en la Constitución "Verbum Dei" sobre la divina Revelación) es la labor realizada por el ya difunto Cardenal Agustín Bea, en un libro publicado por la Editorial "Razón y Fe", con el título "La Doctrina del Concilio Vaticano II sobre la Revelación", libro que recomendamos vivamente a nuestros lectores.

Nosotros, en la imposibilidad de reproducir aquí tantos capítulos de gran interés como se contienen en él, hemos escogido uno de estos, el Cap. VIII, dedicado a explicar cómo ha de interpretarse la Sagrada Escritura a la luz de la doctrina del Vaticano II, capítulo que consideramos como uno de los más importantes.

No es necesario añadir que el Cardenal Bea ha gozado siempre de excepcional autoridad en este campo, autoridad avalada por largos años de estudio y docencia en estas materias. A lo largo del escrito que sigue a continuación podrán encontrarse los títulos de otros libros suyos, citados al pie de las páginas.

1.—Es cierto que la Iglesia no sólo permite sino que anima a los especialistas al estudio y a la investigación, lo mismo en el campo dogmático que en el escriturístico. Pero si la llamada "corriente profética" aduce lo dispuesto por el Concilio Vaticano II para cohonestar su actitud, deberá del mismo modo atenerse a sus disposiciones sobre dicha investigación. Y el Concilio Vaticano II (en su "Constitución dogmática sobre la Iglesia", titulada "Lumen Gentium", núm. 12) no sólo no aprueba que los hijos fieles de la Iglesia se lancen a una interpretación de la Sagrada Escritura con total independencia de la Jerarquía, sino que afirma todo lo contrario.

El problema.

El problema se plantea aquí de esta forma. Supuesto que tenemos entre manos un escrito cuyo autor literario principal es Dios (aunque los hombres hayan intervenido como autores verdaderos), nos preguntamos: ¿cómo comprenderemos ese texto escrito? Pues frente a él nos hallamos un poco como en los casos, reales en la historia, en que el investigador se encuentra ante un escrito del que ignora su autor, su nacionalidad, quizá incluso la época y el ambiente en que se compuso, o al menos las conoce con mucha imprecisión.

Quien ha tenido que enfrentarse con literatura de épocas remotas sabe qué gran dificultad hay en tales casos para comprender y explicar un documento. De hecho nosotros, aunque no siempre tengamos conciencia de ello, hallamos continuamente una gran ayuda para comprender un libro en el conocimiento que tenemos del autor, de sus ideas, de su mentalidad, y del ambiente cultural de donde proviene, de la época en la que escribió, etc.

Ahora bien, todos estos datos y ayudas faltan, al parecer, en el caso de la Sagrada Escritura. Puesto que Dios es su autor principal, tenemos que habérselas con un libro "caído del cielo", cuyo autor (Dios) podemos conocer casi exclusivamente por este libro mismo, salvo el escaso conocimiento que de El es posible obtener por medio de las cosas creadas con la luz de la razón. Pues la Sagrada Tradición, o sea, la viva predicación que nos transmite el mensaje de Dios a la humanidad, se apoya también en gran parte en este mismo libro.

Hay otro aspecto en el problema de la interpretación de la Sagrada Escritura. Es cierto que Dios nos habla por medio del autor humano que tienen una mentalidad determinada, pertenece a una determinada época, ambiente, etc., y que, por lo mismo, hay que buscar la comprensión de la palabra de Dios intentando comprender al autor humano y su texto. Pero precisamente de aquí nace una nueva dificultad. Cada uno de estos autores —y son tantos, diseminados a través de tantos siglos en los que se compusieron los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento!— conocía (y, por ello, pudo expresar) sólo una parte y un sector muy limitado de todo el complejo que se llama la historia de la salvación. Pero para nosotros es importantísima

la visión de conjunto del pensamiento de Dios. Es sabido que la visión de conjunto de la obra de un autor es no sólo de inestimable valor, sino plenamente indispensable para comprender profundamente su verdadero y auténtico pensamiento.

Así hemos planteado los dos problemas a los que responde nuestro documento, tratando del modo de interpretar la Sagrada Escritura (n. 11-12). Por tanto el documento precisa:

1) **Hay que penetrar lo más posible en el pensamiento del autor humano, su mentalidad, ambiente y cultura de la que proviene, modos de expresión del ambiente y del autor; todo esto en conjunto ayudará a comprender lo que el autor humano quiso, efectivamente, decir (y por tanto lo que Dios nos quiso decir por medio del escritor sagrado).**

2) **Para captar luego el conjunto del pensamiento del Autor primario es necesario tener presente el contenido y la unidad de toda la Sagrada Escritura, usando al efecto todos los medios a nuestra disposición, como se detallará luego.¹**

LO QUE EL AUTOR SAGRADO QUISO DECIR EN REALIDAD

Al enfrentarse con el problema de la interpretación de los libros de la Sagrada Escritura, cuyo autor literario principal es Dios, nuestro documento, ante todo, deduce una consecuencia lógica de la doctrina sobre la inspiración: **"Habiendo, pues, hablado Dios en la Sagrada Escritura por hombres y a la manera humana, para que el intérprete de la Sagrada Escritura comprenda lo que El quiso comunicarnos, debe investigar con atención qué pretendieron expresar realmente los hagiógrafos y plugo a Dios manifestar con las**

1.—Sobre varios de los puntos tratados en este capítulo se pueden ver también los siguientes estudios del autor: *Religionswissenschaftliche oder theologische Exegese*, 7, en: *Studia biblica et Orientalia I* (Analecta Bibl. 10), pp. 186-207 (Bibl. 4, 1059, 322-341); *Gedanken zum Theologischen Woerterbuch zum Neuen Testament*, Beilage zu Theol. Woert. zum Neuen Tes., Bd. VII, Lieferung 17-18; lo mismo también en *Hundert Jahre Kohlhammer 1866-1966*. Stuttgart, 1966, páginas 277-283; el progreso de la interpretación de la Sagrada Escritura, en "Gregorianum", 33 (1952), pp. 85-105; en inglés, en "Theology Digest", St. Marys (Kansas), I (1953), pp. 63-71; *La Sacra Scrittura "último fundamento" del dogma dell'Assunzione*, Civ. Catt., 101, 1950 IV, pp. 547-561.

palabras de ellos" (n. 12). Es un razonamiento sencillo y claro. Puesto que en la Sagrada Escritura Dios se manifiesta por medio de hombres, es necesario comprender la Sagrada Escritura intentando comprender ya a los hombres de quienes El se sirvió para escribir, ya que el escrito tuvo su origen de allí.

Nuestro documento insiste de modo significativo en que **el intérprete "debe investigar con atención qué pretendieron expresar realmente los hagiógrafos"**. Es cierto que la encíclica "Divino afflante Spiritu" subraya, remitiéndonos a San Atanasio, "que la suprema norma de interpretar es descubrir y determinar qué se propuso decir el escritor" (EB 557), y esto parece bastante claro. Pero ¿por qué esta insistencia de nuestro documento en aquello que los hagiógrafos han querido decir "en realidad"? ¿Qué problema hay en ello? Es un problema que, como tantas veces ha ocurrido, sólo las dificultades lo han hecho descubrir, o por lo menos ver más profundamente.

1) Para dar al lector una idea concreta del problema damos lo primero algunos ejemplos de esas dificultades y cómo se han resuelto.

Empecemos por un caso bastante sencillo. Cuántas dudas contra la inerrancia bíblica ha suscitado en muchos la teoría de Galileo —o mejor la manera de presentarla no siempre acertada—, que la tierra gira alrededor del sol y no al contrario. Pues bien, en el libro de Josué se leía que Josué, para poder redondear su victoria sobre los amorreos, había mandado detenerse al sol, y no ponerse; la Biblia cuenta así lo que pasó: "El sol se detuvo en medio del cielo y no se apresuró a ponerse, casi un día entero" (Jos. 10, 13). La solución de la duda se tuvo cuando se comprendió, como explica la "Providentissimus" que, no queriendo enseñarnos en la Sagrada Escritura la íntima constitución de las cosas visibles, Dios habló en ella por medio de hombres al modo humano, o sea, según aparecen las cosas a los sentidos. La Sagrada Escritura no afirmaba, pues, nada sobre la cuestión de si la tierra es la que gira o es el sol.²

2.—Es sabido que de este caso se ocupa ampliamente la encíclica "Providentissimus Deus", de León XIII (Cf. E, 8 120); sobre el caso Galileo Galilei, cf. IM número 36.

Otro ejemplo. Es sabido que la narración del primer capítulo del Génesis sobre la creación del mundo en seis días constituyó al principio de nuestro siglo una gran dificultad contra la inerrancia. El descubrimiento de los muchos períodos geológicos que poco a poco habían cambiado el aspecto de nuestro planeta, el hallazgo de innumerables especies de animales y de plantas sepultados en los distintos estratos geológicos, la teoría no improbable sobre la evolución de todo el cosmos y otras cosas parecidas habían cambiado de tal forma la imagen que el hombre se había forjado del mundo, que la interpretación literal de la narración esquemática del Génesis sobre la creación, acaecida en seis días, se hacía imposible. Con enormes esfuerzos, laudables de suyo, se intentó entonces interpretar los "días" de la creación en el sentido de períodos geológicos; hubo otras tentativas diversas, pero una tras otra cayeron. La solución del problema crucial —que desgraciadamente había desmoronado en no pocas almas la fe en la palabra escrita de Dios— se tuvo sólo cuando la comparación con narraciones parecidas de las antiguas literaturas orientales hizo comprender lo que el autor sagrado quería decir en realidad. Esta comparación hacía ver que en el Génesis (cap. I) se trataba de una construcción artístico-literaria que buscaba expresar la verdad fundamental de que Dios es creador del universo y al mismo tiempo explicar el origen divino "del día del Señor", día libre de trabajo y dedicado a los valores espirituales, especialmente al culto de Dios (cf. Vocabulaire biblique, art. Creation, Sabbath).

Estos dos ejemplos eran suficientes, entre los muchos que se podrían citar, para hacer comprender el significado y la importancia de las palabras de nuestro documento, que se debe "investigar con atención que pretendieron expresar realmente los hagiógrafos".

Pero no fueron sólo las dificultades que provienen, por ejemplo, del campo de las ciencias naturales, las que hicieron aguzar la vista y comprender que los libros de la Sagrada Escritura no eran tan claros y transparentes en muchos puntos como se había creído. **La encíclica "Divino afflante Spiritu" resalta a este propósito el gran cambio general sucedido en el campo de los estudios bíblicos desde tiempos de León XIII: "Pues, para omitir otras cosas, cuando nuestro predecesor publicó la encíclica "Providentissi-**

mus Deus”, en muy pocos sitios de Palestina se había comenzado a explorar con oportunas excavaciones para el dicho objetivo. En cambio, ahora esas excavaciones han crecido enormemente en número y se practican con método más exigente y con arte perfeccionado por la misma experiencia, de forma que se obtienen resultados más numerosos y ciertos. Cuánta luz se saca de esas investigaciones para comprender mejor y más a fondo los sagrados Libros lo saben los expertos, lo saben todos cuantos se aplican a este género de estudios. A aumentar el valor de dichas excavaciones se añadieron frecuentemente monumentos escritos, que ayudan inmensamente a darnos a conocer las lenguas, las literaturas, los acontecimientos, las costumbres y los cultos de antiquísimos pueblos. Y no tienen menor importancia la búsqueda y descubrimientos, tan frecuente en nuestros días, de papiros, que aportan tanta luz al conocimiento de las letras y de las instituciones públicas y privadas, especialmente del tiempo de nuestro divino Salvador” (E. B. 546). El fruto de estos múltiples descubrimientos fue, entre otras cosas, un sentido más agudo para diferenciar las mentalidades, el modo de pensar y de expresarse que existe entre nosotros y los autores humanos de los Libros sagrados. Por eso la misma encíclica subraya en otro lugar: “El sentido literal de un escrito no es frecuentemente tan claro en las expresiones de los antiguos orientales, como por ejemplo en los escritores de nuestros tiempos” (E. B. 558).

Cómo descubrir la intención del hagiógrafo. Los géneros literarios.

2) Siendo, pues, tan importante verificar lo que han querido expresar los autores humanos, es evidente que las indicaciones, que nuestro documento nos ofrece para descubrir la intención del hagiógrafo, son de importancia fundamental. Estas indicaciones se presentan poco más o menos agrupadas en nuestro documento bajo el denominativo de “géneros literarios”: **“Para descubrir la intención de los hagiógrafos, entre otras cosas, hay que atender a los géneros literarios”** (n. 12). Para dar al pronto una idea sumaria de los géneros literarios el documento continúa: “Pues la verdad se propone y se expresa ya de una manera, ya de otra, en los textos de diversos géneros históricos, proféticos, poéticos o en otros géneros de expresión” (ib.). Las últimas

palabras demuestran que el documento no ha pretendido de ninguna manera dar una enumeración completa de los diversos géneros literarios, sino sólo facilitar unos ejemplos.

Volviendo a la afirmación anterior relativa a la necesidad “de atender, entre otras cosas, a los géneros literarios”, el documento da este motivo, especificando y desarrollando al mismo tiempo su pensamiento: “Conviene, además, que el intérprete investigue el sentido que intentó expresar y expresó el hagiógrafo en cada circunstancia, según la condición de su tiempo y de su cultura, por medio de los géneros literarios usados en su época” (n. 12).

Como se ve, el Concilio no considera los géneros literarios como algo aislado en sí, sino que los encuadra “en cada circunstancia” y en la “condición de su tiempo y de su cultura”, la del autor sagrado. Este encuadrar o modo concreto de considerar los géneros literarios es sumamente importante, como veremos ahora mismo. El modo como continúa el Concilio la explicación de su pensamiento demuestra el amplio sentido que atribuye a la expresión “géneros literarios”. Veamos: “Pues para entender rectamente lo que el autor sagrado quiso afirmar³ en sus escritos, hay que atender cuidadosamente tanto a las formas negativas de pensar, de hablar o de narrar vigentes en los tiempos del hagiógrafo, como a las que en aquella época más solían usarse en el trato mutuo de los hombres” (n. 12).

La encíclica “Divino afflante Spiritu”.

3) No creemos poder ofrecer un comentario mejor de estos pensamientos del Concilio que encuadrándolos en su contexto natural del que fueron tomados y al que nos remite el documento conciliar mismo, a saber, la gran Encíclica “Divino afflante Spiritu” de Pío XII, que tiene el mérito indudable de haber dado a la idea y a la investigación de los gé-

3.—Observemos de paso que aquí vuelve el concepto característico de afirmar del n. 11, donde este concepto era decisivo para puntualizar el sentido de inerrancia bíblica. Aquí comprendemos el por qué de ello: este “afirmar” se identifica con aquella “intención del hagiógrafo”, o sea, con lo que el autor sagrado quiere decir en realidad. Queda claro que la inerrancia sólo es posible respecto a lo que el autor humano, y por tanto el Espíritu Santo, quiere significar en realidad, o lo que es lo mismo, respecto a lo que “afirma”.

neros literarios el derecho de ciudadanía en la ciencia bíblica católica.

a) Ante todo prevengamos una objeción. Se dice que muchas veces se ha abusado y se abusa de "los géneros literarios". Esto es mucha verdad. Piénsese, por ejemplo, en las clasificaciones, con frecuencia excesivamente minuciosas, que utilizan algunos representantes del método de la "Historia de la formas", que descubrirían en los Evangelios, "máximas doctrinales", "controversias", "narraciones de milagros" y otros diversos géneros literarios, que parecen más provenir de la mentalidad greco-helenística, que responder a la semítica. Es también un abuso, sin duda, el modo de obrar de algunos que, siempre que se encuentran frente a cualquier dificultad, recurren a un pretendido género literario. Por fin, mucho más hay que rechazar las clasificaciones tendenciosas que ya con la elección de la nomenclatura misma insinúan (o algo más) la duda sobre el valor histórico de las narraciones evangélicas, como por ejemplo, cuando se habla de "Leyendas". Pero ni los excesos ni el mal uso y ni siquiera una cierta incertidumbre —que, sobre todo en los comienzos, acompaña a tal estudio— son razones para condenar el procedimiento como tal. No ignorando los abusos y los excesos que se han dado, la "Divino aflante" advierte se haga "prudente uso de este medio", pero al mismo tiempo añade que el descuidarlo traería un gran daño a la exegesis católica (E.B. 560).

b) La misma encíclica nos ofrece luego indicaciones preciosas sobre el método de investigación de los géneros literarios, indicando al mismo tiempo toda la dificultad y lo delicado de la tarea: "Lo que quisieran dar a entender con sus palabras los antiguos no se determina únicamente con las leyes de la gramática o de la filología, ni se deducen sólo del contexto: el intérprete debe además cómo volver con la mente a aquellos remotos siglos del Oriente, y con el apoyo de la historia, de la arqueología, de la etnología y de otras ciencias, discernir con nitidez qué géneros literarios quisieron emplear los escritores de aquella remota época" (E.B. 560).

El Papa continúa afirmando lo que ahora puede parecer bastante evidente, pero no lo era para muchos en el momento de la publicación de este documento: "Pues los antiguos orientales para expresar sus ideas no usaron

siempre las formas o modos de expresión que usamos hoy nosotros; sino más bien las que estaban en uso entre las personas de su tiempo y de sus países. El exegeta no puede establecer a priori cuáles son, sino únicamente después de un estudio cuidadoso de las literaturas antiguas de Oriente. En los últimos decenios la investigación sobre este punto, llevada con mayor cuidado y diligencia, ha hecho ver con luz más clara cuáles fueron las formas de expresión empleadas en aquellas antiguas épocas, ya en las composiciones poéticas, ya en la redacción de leyes o normas de vida, ya, en fin, en la narración de hechos históricos" (E. B. 558).

c) La realidad compleja de esos géneros literarios aparece en particular si consideramos lo que la misma encíclica dice respecto al género literario histórico, o sea, el modo de referir los acontecimientos, usado en el antiguo Oriente. Ante todo el Papa afirma que las recientes investigaciones históricas y arqueológicas han "asentado con plena claridad que el pueblo de Israel, entre todas las antiguas naciones de Oriente, tiene un puesto eminente, extraordinario, en hacer historia, ya por la antigüedad, ya por la fiel narración de los sucesos" (E.B. 558-559). Luego la encíclica observa: "No obstante, a nadie, que tenga una idea exacta de la inspiración bíblica, extrañará que aun en los escritores sagrados, como en todos los antiguos, se encuentran ciertos modos de exponer y narrar, ciertos idiotismos, propios especialmente de las lenguas semíticas, ciertos modos hiperbólicos o aproximativos, a veces paradójicos, que contribuyen a fijar mejor en la mente lo que se quiere decir" (ib.)⁴

d) La encíclica añade a continuación una apreciación teológica de esos modos de hablar y expresarse: "De las maneras de hablar, de las que se servía el lenguaje humano entre los antiguos, especialmente los orientales, para expresar el pensamiento de la mente, no se excluye ninguno de los Libros sagrados, con tal que el género de hablar empleado no desdiga de la santidad de Dios ni de la verdad de las cosas" (ib). La encíclica trae luego como "razón suprema" la divina "condescendencia" por la que Dios habla a los hombres de modo humano, tema del que tratamos al comenzar el n. 13 de nuestro documento.

e) Finalmente, la encíclica subraya la urgencia de la labor que en este campo incumbe

a la ciencia bíblica: "Por eso, el exegeta católico, para responder a las necesidades presentes de los estudios bíblicos, al exponer la Sagrada Escritura o presentarla inmune de todo error, como es su obligación, debe hacer uso prudente de este medio, o sea, descubrir todo lo que la forma de expresión o el género literario adoptado por el hagiógrafo pueda contribuir a la recta y genuina interpretación, y persuádase que en esta parte de su tarea no puede descuidarse sin causar gran daño a la exégesis católica". (E.B. 560). Más adelante la encíclica invitará también a los seglares católicos a cooperar a esta importante y sagrada empresa (E.B. 561).

Terminemos considerando con la misma

4.—Sólo un ejemplo. Algunos autores han hablado, p. ej., de presuntas contradicciones de los Evangelios entre sí; p. ej., cuando en las narraciones de dos evangelistas, tal como suenan materialmente las palabras, la misma cosa se afirma en una narración y se niega en la otra. Piénsese concretamente en la recomendación de Jesús de ejercitar la pobreza completa en la misión de la predicación, confiando en la Providencia de Dios. Según Mt. 10, 10, y Lc. 9, 3: 10, 4, los Apóstoles no deben llevar consigo ni bastón ni calzado, mientras según Mc. 6, 8-9, pueden llevarlo. En tales casos corresponde al intérprete ver el sentido exacto de la prohibición absoluta, es decir,

encíclica la utilidad de estos estudios para defender la inerrancia de la Sagrada Escritura: "Cuando hay quienes se atreven a echar en cara a los sagrados autores algún error histórico o inexactitud al narrar los hechos, si nos fijamos con atención, vemos que se trata sencillamente de aquellas maneras naturales de hablar o de narrar que solían emplear los antiguos en el intercambio de ideas en el trato humano, y que realmente se tenían como válidas en el uso corriente" (E.B. 560). Pero no se trata sólo de solventar las objeciones y dificultades. Este estudio llevará, además, a una comprensión más plena y luminosa del pensamiento del Autor sagrado" (ib.).

ver si Marcos trae la expresión de Jesús ad sensum y según la verdadera intención del Maestro (en realidad Marcos usa el lenguaje indirecto!), mientras en Lucas el Maestro se sirvió de una hipérbole o paradoja "para grabar más profundamente el pensamiento", estando seguro de que no le interpretarían erróneamente, puesto que tanto El mismo como los Apóstoles llevaban siempre sandalias, según la costumbre de Palestina. En otras palabras, nos encontramos ante un modo de hablar. Una vez aclarado esto, la contradicción aparente se resuelve sin más. (Cf. Agostino Bea, *La Storicità dei Vangeli*, Brescia, 1964, p. 70).

TELEVISORES

SYLVANIA

con el exclusivo

HALO-LIGHT

Margen de luz que protege sus ojos y pantalla cuadrada. Disponible en variedad de modelos.

Agencias

Electrónicas, S.A.

Calle Rubén Darío 531

San Salvador, El Salvador.

